

parte que en el cuadro de la predestinación le corresponde, como la más inmediata á Jesús, después de María, como distante dos grados nada más de consanguinidad en línea recta? Por eso la piedad católica se atreve á completar con las figuras de Joaquín y Ana el grupo de la sagrada Familia. Ahora bien: ¿cuál fué el objeto preciso de la predestinación de Ana, sino su maternidad? Prevista fué y ordenada su existencia á dar vida á la que había de transmitirla al humanado Verbo. Tal fué su magnífico destino prefijado *ab æterno* en los decretos del Señor.

6. Consideremos ya su realización en el tiempo y condiciones señaladas por la adorable Providencia. Viene al mundo la predestinada esposa de Joaquín, llena de nobleza, si no de opulencia temporal, ceñida de gracia y de primores, como su nombre mismo lo revela¹. Brote lozano y lucidísimo del viejo tronco real y sacerdotal de David, por la rama de Natán², se desposa con el varón virtuoso, oriundo de su misma tribu, destinado á ser padre de María, no habiéndose visto hasta entonces enlace más dichoso ni matrimonio más perfecto³. Agraciada apareció entre todas las hijas de su pueblo, más que por las perfecciones con que la adornó pródiga la naturaleza, por los tesoros de gracia sobrenatural con que la enriqueció el Altísimo. Parecen escritos proféticamente para ella los gráficos rasgos con que pinta Salomón el carácter y la fisonomía de la mujer fuerte, cuyo precio es más subido que el de las piedras preciosas del remoto oriente. ¿Quién sabrá tejer la corona de inestimables joyas que adornaron el alma de

¹ Anna, id est Gratiola. ² S. Ioan. Damasc. l. c.

³ O beatum pár Ioachim et Anna (ibid.).

Santa Ana? Allí el jaspe de la magnanimidad, superior á todos los embates de la tribulación; allí el jacinto de la conformidad más acendrada con la voluntad divina, en el rigor de tantas pruebas como acrisolaron la virtud de nuestra Santa, marcada con el oprobio de la esterilidad; allí el crisólito de la oración altísima y serena; allí el crisópraso de la liberalidad en el compartir sus escasos bienes con los pobres; allí, en fin, la esmeralda de la esperanza firmísima en las promesas del Señor; y el diamante de la caridad, depurada de toda mancha de afeción terrena¹. ¿Qué margarita, sin embargo, más preciosa que la misma Santa? ¡Afortunado esposo que supo hallarla y apropiársela como el mayor de todos los tesoros! En ella confió el corazón de Joaquín, y no necesitó recoger ricos despojos². Notad, hermanos míos, que Ana, según el pensamiento de la Iglesia³, debía merecer rigurosamente la gracia de la maternidad á que estaba destinada, porque nada podía darse más honroso que este mérito, así para la Hija como para la Madre; era, pues, necesario que fuera aquella santa mujer, en todos los estados, un espejo nitidísimo de todas las virtudes. Y así lo fué, según San Juan Damasceno por estas palabras: *Ut Deo gratum est, ac dignum ea, quæ a vobis orta est, vitæ vestræ rationes instituistis*⁴: «Fue vuestra vida en un todo agradable á Dios, y digna de aquella que nació de vosotros.» Discurrid, pues, libremente por el campo de todas las virtudes, y no temáis atribuir las á la santa madre de la que es Reina de todos los santos, y Santísima por excelencia. Bien podéis

¹ Vide Conc. R. P. Math. Fabri, Auctar. conc. 12.

² Prov. cap. 31.

³ Ut Genitricis Unigeniti Filii tui mater effici mereretur (Orat. festi).

⁴ S. Ioan. Damasc., Orat. 1 de Nativ. B. M. V.

compararla con todas las ilustres matronas del antiguo Pueblo, máxime con las que se ennoblecieron con su nombre, seguros de que la nuestra no cederá en perfección á ninguna de las Anas celebradas en el nuevo y viejo Testamento. Como la madre de Samuel, si anhelaba tener prole, no era tanto para consuelo propio, cuanto para consagrarla totalmente al servicio del altar¹. Como la viuda de Fanuel, *no se apartaba del templo, sirviendo al Señor día y noche en ayunos y oraciones*². Mas ¡ay! ¡que entre tanto iba avanzando rápidamente en sus días, y el suspirado fruto de bendición no maduraba! La hora de aquella dichosa maternidad parecía que no iba á llegar jamás. No forma la tierra el oro en pocos días, ni cuaja las perlas el mar en pocas horas. . . .

7. Tras una larga y naturalmente incurable esterilidad, tras veinte años de súplicas y lágrimas³, brilla finalmente el día de la felicidad para los augustos consortes. Á la grandeza y novedad del caso corresponde lo maravilloso de las circunstancias de que va acompañado. Un ángel baja del cielo á predecirlo; pues no ha de creerse fuese menos oportuno el anuncio del celestial mensajero en el nacimiento de María que en la venida al mundo de Juan Bautista. Con sobrada razón así discurren autores respetables y aun Padres de la Iglesia⁴. Al cumplirse el vaticinio angélico, trocada ya la triste vestidura de la estéril por la alegre de la madre fecunda, llena del Espíritu Santo, dice el insigne Damasceno, Ana va cantando alegremente y convidando á sus amigos

¹ 1 Reg. 1, 11.

² Luc. 2, 37.

³ Auct. 1 de ortu Virgin. (Ribaden.).

⁴ S. Ioan. Damasc. et alii, apud *Fabrum*.

á compartir su ventura: «Regocijaos conmigo, que he obtenido el prometido germen, á pesar de mi esterilidad; ¡ya tengo á mis pechos y alimento, cual tanto lo deseara, el fruto de bendición! Canten conmigo todas las madres esta visitación mía, hecha por el cielo de una manera admirable.» Sí, admirable sobre cuanto puede pensarse fué la maternidad de Santa Ana, pues lo fué tanto la Concepción de María. No se crea que todo el milagro de esta maternidad se redujo, como en la de Isabel y en la de tantas otras madres milagrosamente fecundas, á superar un obstáculo naturalmente insuperable por obra del poder divino, según la sentencia del ángel: *Nada para Dios es imposible*¹; hubo algo más grande y extraordinario todavía, hubo una cosa inaudita y que no nos atreviéramos á asegurar si el sentir de gravísimos Padres de la Iglesia² y las revelaciones auténticas de Santa Brígida no nos autorizasen para ello. Ana concibe á su hija inmaculada no ya, como dice el Profeta, en medio de la iniquidad³, sino con tal pureza como habría concebido Eva en el estado de inocencia original, y aun quizás por modo milagroso y extraordinario, reservado para este único caso. De donde es lógico deducir que fué exenta aquella casta madre de los efectos de la común maldición: *in dolore paries*⁴, llevando en su seno sin molestia alguna aquella carga suave y ligera, y dando á luz sin género alguno de dolor y miseria. No de otro modo podía producirse aquel tesoro de la virginidad, la Inmaculada María. La voz melodiosa de

¹ Luc. 1, 32.

² San Agustín, etc.

³ In peccatis concepit me mater mea (Ps. 50, 7).

⁴ Gen. 3, 16.

los ángeles debió dejarse oír por los contornos de Nazaret, como más tarde resonó en las campiñas de Belén, dando glorias á Dios en las alturas, y anunciando los primeros albores de la paz entre los hombres. ¡Cuáles fueron, entre tanto, los sentimientos que albergaba el corazón de la dichosa Madre! ¡cuáles, las felicitaciones de que se vió colmada! ¡cuáles, las delicias celestiales que rebosaban del pecho de la Hija en el de la madre!

8. Meditad, hermanos míos, hasta donde os sea dado, en los misterios de felicidad de aquella infancia de María, de aquella lactancia deliciosa, de aquella primera y elemental educación de la niña en el regazo y sobre las rodillas de la santa anciana... Con esto quedará completo el cuadro de la maternidad más gloriosa que se vió jamás, con excepción de la divina, y que es el título más legítimo en que pueda fundarse la dignidad de la primera Señora del mundo. No me detendré á presentaros, en ese mismo cuadro, los rasgos de heroicas virtudes, anexas á la condición propia de la maternidad, y especialmente de la que vamos hoy admirando y contemplando. ¡Qué sacrificio el de la Hija de tres años y el de la anciana madre, al despedirse una de otra, quedando María en el interior del templo, regresando Ana sola al hogar de Nazaret! ¡Qué magnanimidad en la ofrenda! ¡qué generosidad en el cumplimiento de la promesa! ¡Qué amor de Dios, superior al amor de la más amable y amada de las hijas! Y juntamente con estas virtudes altísimas, ¡qué ilustraciones tan sobre-humanas acerca de los divinos designios en orden á la salvación de la pobre humanidad! Estas ilustraciones y virtudes subieron de punto al acercarse los días de la Redención, si, como graves autores opinan, no murió

Santa Ana hasta no ver á su adorado niéto, el Cristo del Señor¹. Y ¿por qué no pudo recibir la bienaventurada Madre la misma promesa del Espíritu Santo que recibió el santo viejo Simeón, y disfrutar de la dicha que cupo á Ana profetisa, de estrechar al Niño Dios entre sus brazos?² Pero dejemos ya de seguir en su carrera mortal á la Señora, para contemplar en el cielo á la Madre llena de benignidad.

II.

9. La idea de señorío no lleva necesariamente la de ostentación de vana grandeza, fausto, vanidad y ambición. Jesucristo enseñaba otra doctrina, muy distinta, á sus discípulos, cuando les decía: *Los reyes de las naciones no saben más que dominar sobre ellas; y, abusando del poder, no son bienhechores más que de nombre. Vosotros no habéis de ser así: antes bien, el que está puesto á la cabeza, hágase como el que sirve*³. *Servir á Dios es reinar*, y servir á sus semejantes es el carácter de la grandeza verdadera. De ahí que el señorío cristiano sea atributo inseparable de la maternidad. ¿Quiénes son y han sido siempre, en la sociedad católica, las madres de los menesterosos, huérfanos y dolientes sino esas señoras cristianas que rebosan de piedad? ¿No llamaba Señoras de la Caridad á sus buenas cooperadoras el infatigable San Vicente de Paúl? Donde arde el amor de Dios, allí brotan llamas de caridad fraterna, allí la misericordia tiene su trono, y las manos hacendosas y pródigas obedecen el impulso del corazón. Santa Ana, modelo de este tipo de matronas ilustres, prosigue hoy desde el cielo ejer-

¹ Ribadeneyra, etc.² Luc. 2, 26.³ Luc. 22, 25 sq.

ciendo la misericordia con los pobres que se acogen á su patrocinio. Ella solía repartir sus pocos bienes entre las atenciones del culto de Jehová y las necesidades de los desheredados, cumpliendo perfectísimamente con la ley de la clemencia que traía en los labios¹. Á ese incesante clamoreo de la limosna, del ayuno y la oración fué deudora de la dicha incomparable que puso término á su esterilidad. Hoy, pues, que dispone en el cielo de tesoros inagotables, dueña, por decirlo así, de las riquezas del Criador y de su Madre, ¿cómo ha de ver sin compasión las miserias de sus hijos, las indigencias de sus devotos? ¿Cómo no ha de acudir á socorrerlas? Con razón, pues, la piedad de los fieles llama á boca llena Madre á nuestra Santa gloriosa. ¡Oh! y ¡cuán bien le cuadra ese título de Madre! ¡Tanto, al menos, como el de Señora! Es madre, en el orden espiritual, por la caridad con que abraza en su corazón á todos los desvalidos, á todos los desterrados hijos de Eva; pero más propiamente lo es de misericordia, por haber dado el ser á la misericordia misma personificada en María. ¿Quién no ve que debe existir la más perfecta armonía de sentimientos, como la más completa semejanza de caracteres, entre la Madre y la Hija? No dudemos, por tanto, aplicar á Santa Ana los calificativos que atribuye á María el melifluo San Bernardo: *Tota suavis est; nihil austerum in ea, nihil terribile, omnibus offerens lac et lanam*².

10. Bien comprobado lo tiene la experiencia. ¡Qué de gracias y favores, no sólo extraordinarios, sino hasta

¹ Lex clementiæ in lingua eius (Prov. 31, 26).

² Ap. Breviar.

milagrosos, no reciben de sus manos cada día sus devotos! ¿Será preciso acudir á los fastos de pueblos remotos ó de tiempos pasados para demostrarlo, haciendo el recuento de los milagros de Santa Ana? No, cristianos oyentes, pues los tenemos muy cerca de nosotros, y aquí, aquí mismo en Colombia, en Bogotá, podrían levantarse millares de testigos á deponer en favor de la intercesión de tan gran Santa y poderosa Abogada de los hombres. Yo sé que es grande, y cada día más floreciente, la devoción que aquí se le profesa, cuantiosas las ofrendas con que se atiende á su culto; incesantes las súplicas que se le dirigen; innumerables los negocios que se le recomiendan: ¿qué prueban todos estos datos sino la universal confianza que depositan los hijos en su piadosísima y generosa Madre? Todas las edades, todas las clases sociales se esmeran en honrarla: las Hijas de María, por el amor que profesan á la Hija de Joaquín y Ana; las matronas cristianas, porque ven en ella el modelo de todas las virtudes propias de la esposa y de la madre de familia; los ricos, porque ella lo es de gracias en la corte del Altísimo; los pobres, porque ella es su Madre, de cuya piedad viven colgados á toda hora. Y Ana tiene para todos sustento y protección: *omnibus offerens lac et lanam. Abrió su mano para dar al indigente, y extendió su diestra para socorrer al pobre*¹. Dadle, pues, concluiré con el Sabio, *del fruto de sus manos, y alábenla en los pórticos y plazas sus obras de misericordia*².

11. El mundo cristiano no ha sido parco en su alabanza. Fuera de los magníficos elogios salidos de la

¹ Prov. 31, 20.

² Ibid. vers. 31.

elocuente y vigorosa pluma del Doctor Damasceno, otros grandes y antiquísimos Padres de la Iglesia, como San Epifanio y San Gregorio Niceno, se han ocupado en magnificar sus glorias. Los Sumos Pontífices no han descuidado su culto. Gregorio XIII instituye su fiesta, y León XIII la eleva al rito de segunda clase. La gloria de la Madre de María va engrandeciéndose con el transcurso de los siglos. Crece su amor y su veneración en el corazón de los fieles. Todos comprenden que tributar honores á Santa Ana es un nuevo y delicado modo de honrar á su Madre y complacer á Jesús. Digámosla, pues, con el tantas veces citado panegirista: *Nos quoque, beatissima femina, tibi gratulamur*: Acepta, ¡oh gran Santa, Madre y Señora por excelente manera y título especial! acepta el día de hoy nuestras pobres, pero fervientes felicitaciones. En cambio de nuestros humildes obsequios, haz que sintamos cada día más eficazmente el poder de tu valimiento para con Jesús. Así sea.

PANEGÍRICO DE SANTA BÁRBARA, VIRGEN Y MÁRTIR

(predicado en su iglesia parroquial de Bogotá, 1897).

Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Iesum Christum.

En esto consiste la vida eterna: en que te conozcan á ti, solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste.

Io. 17, 3.

1. De los labios de aquel que, como Vicario de Cristo, tiene palabras de vida eterna¹, se ha desprendido una palabra buena, una preciosa perla, que nosotros debemos recoger con amor y guardarla en nuestro corazón.

¹ Io. 6, 69.

En reciente y luminosa Encíclica, dirigida á la universal Iglesia¹, encarecía nuestro gran Pontífice León XIII, la necesidad de hacer penetrar más profundamente en el pueblo cristiano el culto inviolable que toda la religión debe á la beatísima Trinidad. ¿Quién podrá calcular, hermanos míos, la importancia de esta recomendación? Porque sin este culto no puede honrarse dignamente á la Divinidad, la cual, como canta la Iglesia², se ha dignado revelarnos el misterio impenetrable de Trinidad de Personas, á fin de que por ella conociéramos su gloria, y adorásemos la unidad en la majestad omnipotente. Sin este culto no hay profesión de verdadera fe cristiana, ni salvación tampoco; pues, como dice el símbolo de San Atanasio, quien quiera ser salvo debe tener la fe católica de la Trinidad: *Qui vult salvus esse, ita de Trinitate sentiat*. En esa fe y en ese culto inviolable está la salvaguardia contra todos los errores, antiguos y modernos, máxime contra el impío, aunque á las veces enmascarado, racionalismo de la hora presente; porque nada hay tan contrario á la superstición y á la impiedad como la creencia católica en un solo Dios subsistente en tres Personas. En esa fe estriba finalmente toda nuestra fortaleza, pues sólo por ella podemos defendernos de toda adversidad y desventura en la eternidad y en el tiempo³.

2. ¿Qué extraño, pues, cristianos oyentes, que, para mantener vivo ese culto, el más importante, por no decir el único de la religión, promueva la Iglesia el de los santos de Dios, que han sido los grandes adoradores de la Trinidad? Con esta fe práctica se han santi-

¹ Sobre la virtud del Espíritu Santo.

² In oratione festi.

³ Encíclica, ubi supra.